



La Libertina Voladora sobrevolaba las montañas del Altiplano como un ave sabia. No necesitaba mapa ni brújula. Su timón apuntaba al corazón. "Hoy no aterrizamos en un sitio", murmuró Lyra, "aterrizamos en una historia". Y el suelo, con alma propia, los recibió con viento dorado y campos de maíz.



El aire olía a tierra húmeda y a historias contadas al calor del fogón. Las montañas los miraban como abuelas que todo lo han visto. Mischka ajustó su bufanda. Tao pisó el primer grano de maíz: "Aquí el suelo cuenta historias". Y Toby susurró: "Huele a memoria".



Un cóndor trazaba círculos sobre la montaña. Entre piedras que hablaban, una voz antigua susurró: "Ama sua, ama llulla, ama quella". Una niña les entregó una semilla: "Si no sabes qué plantar, siembra amor. Crece en todas partes".



Caminaron entre terrazas de cultivo donde el maíz susurraba canciones que solo las abuelas sabían traducir. Una anciana, con mirada brillante, los recibió. "Cada semilla es un canto", dijo, "y cada cosecha, una memoria que vuelve a florecer".



La anciana les entregó un grano a cada uno. "No lo plantéis en la tierra, sino en el alma", les dijo. Mischka lo sostuvo largo rato. Toby lo colocó en un círculo de tierra y sopló suavemente. Lyra lo guardó, sin saber qué cosecharía, pero con el corazón listo.



Una ceremonia a la Pachamama los reunió. Hojas de coca, flores, dulces. "Gracias, tierra sabia", dijo Lyra. Un anciano se acercó: "Suma warmi, hija de las estrellas... Algunas semillas florecen cuando uno ya ha partido, pero también nutren este mundo".



Cuando el sol cayó tras los cerros, el pueblo se detuvo. No era despedida, era renacer. "Hay tierras que no se conquistan -dijo Tao-, te adoptan si llegas con el corazón abierto". Y la Libertina Voladora entendió que también era parte de la siembra.



Antes de partir, el viento les susurró: "Lo que siembras dentro... crece fuera". Y Lyra, mirando el horizonte, prometió: "Cuando crezca, volveré... pero no con preguntas, sino con semillas".